

BARTOLOMÉ BENNASSAR

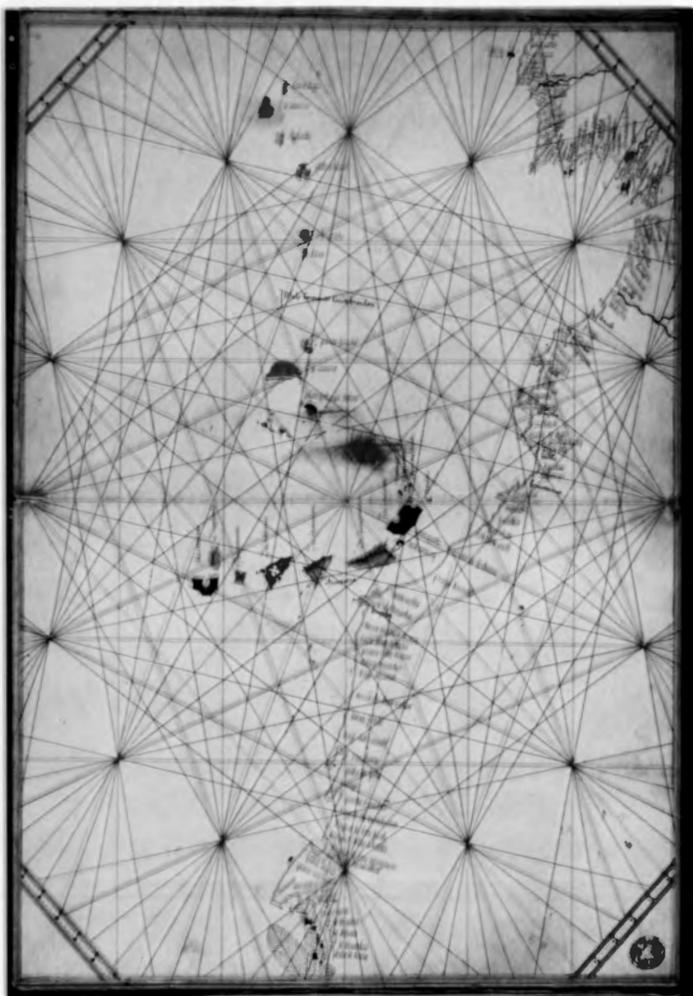
CANARIAS EN LA HISTORIA:
UNA EXTRAORDINARIA DIVERSIDAD DE DESTINOS

Presentar tal tema a los canarios es mucho atrevimiento y lo reconozco ¿Cómo un extranjero puede permitirse exponer a los mismos canarios su papel en la historia? Pues, precisamente, puede resultar interesante para los canarios enterarse de la visión de un extranjero que, contemplando la historia del archipiélago a lo largo de los siglos queda impresionado por la diversidad insólita de los papeles internacionales del archipiélago en el transcurso de los siglos.

En efecto, si dejamos aparte la multitud de archipiélagos e islas del Caribe que están situados en el Golfo de México, el Atlántico Central cuenta sólo con tres archipiélagos, Azores, Madeira y Canarias. Pues bien: al contemplar el curso de la historia, Canarias demuestra una originalidad algo extraordinaria: en efecto, nos damos cuenta que estas islas tuvieron una sucesión casi increíble de papeles de índole internacional, algunos transcendentales. Evidentemente, no pretendo tratar aquí de la historia de Canarias en sí, ni de la microhistoria de cada isla, sino del papel internacional de las islas.

En primer lugar, durante muchos siglos, el archipiélago señaló la frontera del mundo occidental, mejor dicho la frontera oeste del mundo conocido. Estamos casi ciertos que los fenicios conocieron estas islas que pudieron descubrir a partir de su fac-

toría de Cadix y que sacaron de ellas la orchilla (rocella tinctoria) que usaban para los tintes de sus tejidos. Homero y Hesiodo, nueve u ocho siglos antes de Cristo, se refieren a unas «islas afortunadas», allí en el Atlántico que, según las mayores probabilidades, eran las Canarias. Plinio el Viejo por su parte alude a las fábricas de púrpura que Juba II, rey de Numidia y Mauritania, hizo abrir en Lanzarote y Fuerteventura (otra vez la orchilla). Pero la cosa cierta es que el geógrafo Ptolomeo, cuando concibió su Geografía del Universo, en 150 después de



The Atlantic, 1470, por Grazioso Banincasa

Cristo, obra que fue con la irrupción de la imprenta editada varias veces hasta el siglo XVI, y en 1507 con la primera mención de América, pues Ptolomeo eligió como meridiano Cero, la línea imaginaria que pasaba por la isla conocida la más lejana hacia el oeste, es decir El Hierro. Durante siglos, este meridiano fue la referencia básica de los mapas marinos y, sólo la conferencia internacional de 1884 sustituyó el meridiano inglés de Greenwich por el de El Hierro.

Es que, hasta el siglo XV, para los europeos y los norteafricanos, las islas más occidentales de Canarias, La Palma y El Hierro, señalaban efectivamente esta frontera. Más allá empezaba el temible Mar Tenebroso. Los que habían intentado arriesgarse en este mar misterioso no habían vuelto y no había huellas de ellos. Sólo durante el siglo XV, esta frontera se va a transgredir. Para decir verdad es posible que haya sido transgredida por varios navegantes desaparecidos, así por ejemplo si aceptamos la tesis del piloto desconocido que defendió el historiador sevillano Juan Manzano Manzano, con argumentos que no carecen de fuerza, el famoso piloto desconocido que Cristóbal Colón hubiera recogido casi muerto cuando estaba en Madeira: posible pero dudoso.¹

El segundo momento, mejor dicho, el segundo período del protagonismo canario corresponde a una fase esencial de la historia de la humanidad que va desde el siglo XV hasta mediados del XVIII. Esta época hubiera podido ser sólo un episodio de la competencia entre dos potencias europeas, Portugal y España, un episodio cruento entre otros muchos de la conquista colonial, recordado cerca de aquí por dos lugares que aluden a la lucha final de los castellanos contra los guanches, la Matanza y la Victoria de Acentejo. No pretendo señalar que este episodio no tenga importancia. La tiene, especialmente para

la antropología. Sólo, gracias a la puesta a prueba de los vestigios guanches por la radioactividad, podemos admitir hoy que los guanches, procediendo del norte de África, se establecieron en las islas entre el quinto y el primer siglo antes de Cristo. Según los rasgos antropológicos eran unos bereberes: como las islas estaban desprovistas de metales tuvieron que basar su tecnología y sus herramientas en la piedra. Se sabe que, después de vanos intentos portugueses, algunas de las islas fueron conquistadas por los castellanos a principios del siglo XV pero que las demás, especialmente Gran Canaria, La Palma y Tenerife fueron conquistadas sólo en el último cuarto del siglo XV y después de una resistencia encarnizada de los guanches que supieron compensar su inferioridad de armamentos por su conocimiento del terreno y por muchos ardides. Se sabe también que un número no desdeñable de guanches fueron trasladados a Sevilla para ser vendidos como esclavos y que intervinieron los genoveses en este tráfico después de acuerdos con el adelantado Alonso de Lugo.

Me parece muy bien que, en los últimos decenios se hayan hecho esfuerzos muy notables para conservar los testimonios de esta cultura en parques o museos: podemos señalar el parque llamado Mundo Aborigen, en el sur de la isla de Gran Canaria y en la misma isla, el Parque Arqueológico de Bentayga con la Cueva del Rey, más la necrópolis y la Cueva Pintada de Gáldar; en Tenerife, el Pueblo Guanche de La Orotava o las momias del Museo de la Naturaleza y del Hombre de Santa Cruz, la Montaña de Tindaya en Fuerteventura, o Los Lajiales de El Hierro. Pero no son más que unos ejemplos, entre muchos.

Pero es cierto que, en el ámbito internacional, lo más importante fue lo que ocurrió aquí, nada más acabarse la conquis-

ta y ni siquiera estaba acabada totalmente. En estos años, los últimos del siglo XV, es cuando Canarias adquiere un protagonismo sobresaliente. Momento: el papel de Canarias va a cambiar radicalmente. Mi maestro Fernand Braudel hubiera dicho que las Canarias entran de repente en «l'économie-monde». En efecto, la mundialización de la que tanto hablamos hoy empezó aquí, cuando el archipiélago se hizo el trampolín de los descubrimientos más trascendentales y de la relación entre Europa y América.

En vez de ser una frontera, al margen de los movimientos más notables de las civilizaciones, el archipiélago va a asumir una función esencial de intermediario, casi de barquero, entre dos mundos, el Viejo y el Nuevo, Europa y América. Función imprescindible, casi impuesta por la geografía de los vientos y la casi permanencia del alisio del nordeste, de tal modo que muy pronto quedó obvio que la ruta marítima más rápida hacia las nuevas Indias a la ida pasaba por el archipiélago (unos 32 a 35 días entre La Gomera y la Isla Española, hoy Santo Domingo) y no es ninguna casualidad si Cristóbal Colón usó la isla de La Gomera como escala última antes de lanzarse en el Mar Tenebroso, en 1492, 1493 y 1498. Ya que Portugal, por el tratado de Alcaçobas había reconocido la soberanía de Castilla sobre las islas Canarias, incluida La Gomera, los españoles podían controlar totalmente el itinerario. Y Canarias era tan necesarias a la Carrera de Indias que nació del descubrimiento que, al organizar el monopolio de



Sevilla era el gran puerto desde donde se realizaba el comercio atlántico

Sevilla en el comercio con las Indias, la Corona, por la cédula del 15 de enero de 1529 exceptuó al archipiélago de dicho monopolio. No solamente las islas eran una escala técnica inevitable (reparaciones de las averías, espera de condiciones meteorológicas favorables) sino que permitían un abastecimiento de agua potable y de víveres frescos (verdura, frutas, carne y pescado, cereales, etc...). No olvidemos que ya en el primer viaje de Colón la escala en Canarias fue larga, desde el 12 de agosto hasta el 8 de septiembre, y que el marino genovés la aprovechó para arreglar las averías de la Pinta, sustituir el velamen latino de la Niña (velas triangulares) por unas velas cuadradas más adaptadas a la navegación atlántica y para abastecer en frutas, pescado y vino.

Este estatuto de escala obligada en la navegación de Europa hacia América cambió drásticamente la sociedad canaria, haciendo de ella una sociedad abierta y cosmopolita. Las islas en efecto no poseían los recursos naturales y técnicos para colmar las necesidades de las escalas de unas armadas numerosas. Tengamos en cuenta que la organización de la Carrera de Indias, ya en los principios del siglo XVI, movía, si no cada año por lo menos con cierta periodicidad, a dos flotas constituidas por un número creciente de naves, sobre todo a partir de los años 1550, con tonelaje siempre mayor o casi, con tripulaciones importantes, la de Nueva España y la de Tierra Firme. De modo que los puertos del archipiélago se abrieron a los bajajes del norte de Europa, bretones, normandos, flamencos, ingleses, que llevaban cereales, bacalao, madera, mástiles y palos, velas, alquitrán, clavos y ferretería, anclas, cera, papel, armas etc... También era preciso mantener a las tripulaciones durante las dos, tres semanas o más que duraban las escalas y no se trataba ya de un centenar de hombres como en el primer viaje, sino de varios millares de hombres.²

Había que aprovechar esta coyuntura alcista. Lo entendieron de este modo las élites del archipiélago, aún muy poco poblado (en 1587, Gran Canaria que era entonces la isla más poblada no contaba más de 9.000 almas), y también los hombres de negocios y emigrantes de talante emprendedor que vinieron a establecerse en las islas, andaluces, genoveses, portugueses, flamencos. Se dieron cuenta que el clima y el suelo resultarían favorables, en algunas zonas, a una cultura que se había experimentado con éxito en Madeira y que daba un producto escaso en Europa, pero muy cotizado y de alto valor, la caña de azúcar. Y sabemos que, en efecto, dicha cultura, ya introducida por el conquista-

dor Pedro de Vera se desarrolló en varias zonas: en el barranco de Agaete y en los alrededores de Arucas y Las Palmas de Gran Canaria, en la zona de Tejina en esta isla de Tenerife, donde la cultura fue la más duradera ya que resistió hasta los años 1950, o en el sector de Tazacorte en la isla de La Palma donde la cultura había sido organizada por una familia de hombres de negocios flamencos. Se crearon varios ingenios o molinos de azúcar para la transformación de la materia prima y se hizo importante exportación de azúcar, especialmente hacia el norte de Europa. En cierto modo el ron de Arucas que sigue produciéndose es un testimonio de este ciclo de la caña de azúcar.

También se había desarrollado el cultivo del viñedo que tuvo una trayectoria más favorable, ya que en nuestros días las islas siguen produciendo vino de calidad, así como los viñedos de La Geria y El Grifo en Lanzarote, y sobre todo los viñedos de esta isla de Tenerife, especialmente su parte occidental: Santiago del Teide, Icod de los Vinos, Tacoronte con sus bodegas Álvaro, La Baranda que tiene una Casa del Vino, son lugares privilegiados del cultivo de la viña y de la elaboración de los caldos más destacados. Es de recordar que las armadas de América tuvieron un indudable impacto en este desarrollo ya que las naves se abastecían de muchos cubos, cantaros u odres de vino durante las escalas.

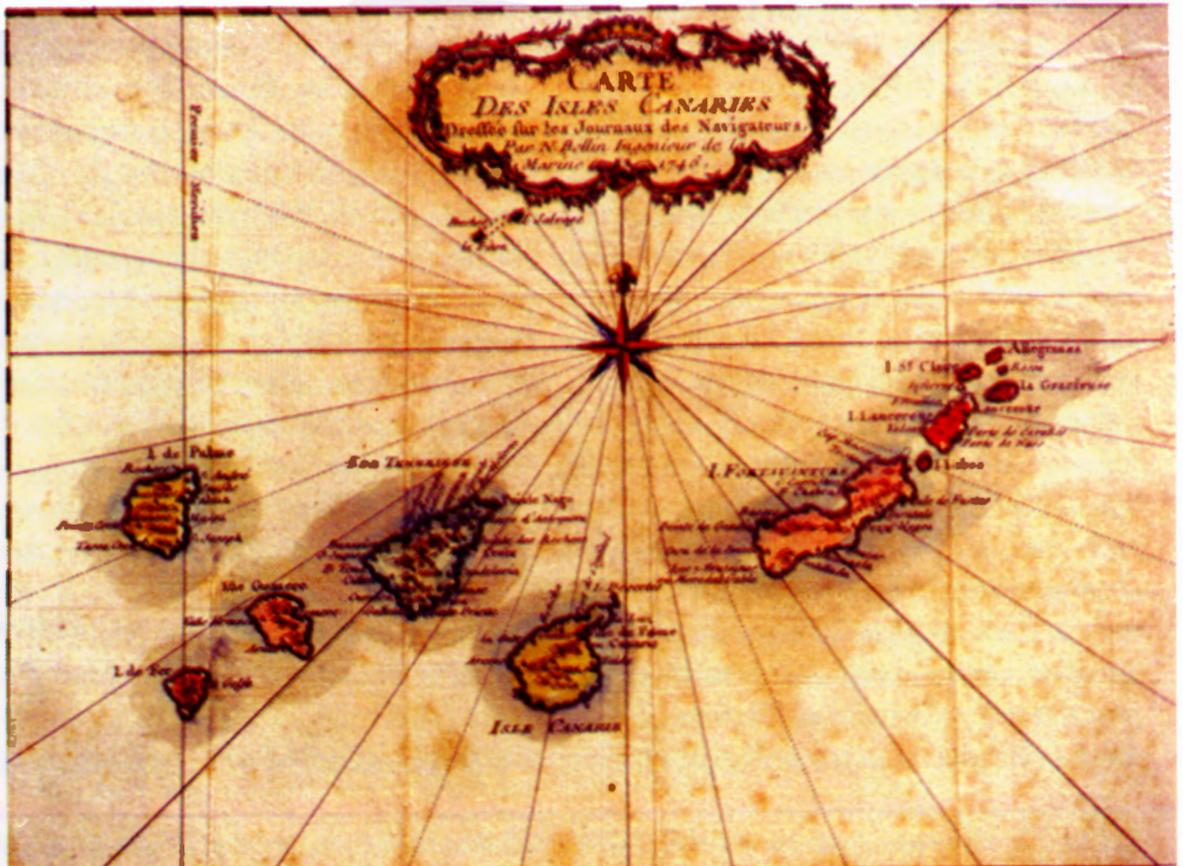
Pero el crecimiento económico y demográfico de las islas gracias a la Carrera de Indias, que dio lugar a un florecimiento cultural en los siglos XVI y XVII, que demuestran los palacios como el de Nava y Grimón en La Laguna y las hermosas iglesias del archipiélago adornadas con retablos de primerísima categoría, especialmente flamencos (el de la basílica San Juan Bautista en Telde, el de la Ermita de

Nuestra Señora de las Nieves en el Puerto de las Nieves) tuvo consecuencias menos felices y halagüeñas. Es que las islas se hicieron a la vez agresores y víctimas.

Agresores. En efecto, la coyuntura económica, los talleres de los puertos, el cultivo de la caña y de la viña necesitaban mano de obra y, ya lo hemos visto, en el siglo XVI, las islas quedaban poco pobladas. Entonces, los señores de las islas orientales, como el marqués de Lanzarote, o los agentes de la Corona y hombres de negocios de las islas de jurisdicción señorial, aprovechando la proximidad del África subsahariana, organizaron expediciones de caza a los esclavos, llamadas cabalgadas. El historiador canario Manuel Lobo Cabrea, en su tesis, ha demostrado que, sólo en el siglo XVI, se realizaron 157 cabalgadas, con más o menos éxito pero con un provecho medio muy alto. Agustín de Herrera y Rojas, marqués de Lanzarote, llevó a cabo él solo 14 cabalgadas. Él au-

tor calculó que unos 10.000 esclavos negros fueron introducidos en el mercado canario durante el siglo XVI y es cierto que constituyeron buena parte de la mano de obra de los cultivos de caña y más aún de los ingenios.³

Pero también las islas fueron víctimas. La fama de riqueza creciente del archipiélago en los siglos XVI y XVII estimuló mucho a los corsarios de las ciudades berberiscas del África del Norte, especialmente la plaza marroquí de Salé y la plaza de Argel. Conocemos muchos casos de estas agresiones, especialmente en las islas orientales, las más amenazadas por su situación geográfica. Un historiador canario, Luis Alberto Anaya, pudo calcular que entre 1569 y 1650, la isla de Lanzarote, que no tenía más de 4.000 habitantes, perdió hasta 1.500 individuos; en 1569, Calafate Arraez, a partir de Salé invadió la isla y capturó a 200 personas; dos años más tarde, en 1571, otro Saletino, Dogali «el



Carte des Isles Canaries. Jacques Nicolas Bellin, siglo XVIII



Alexander von Humboldt

jos del Sultán (¡uno de ellos se llamaba Zidane!), ya que cualquiera que fuera el partido elegido, resultaba peligroso. Dados los puestos que estos hombres tuvieron en Marruecos, y habida cuenta de su evasión voluntaria, evidentemente fueron absueltos «ad cautelam». Pero lo interesante era la revelación que los renegados arrepentidos podían resultar, como en este caso, unos agentes de información de suma importancia, tratándose de un país vecino de España como Marruecos. Además, el interrogatorio de los erches demostraba que el Santo Oficio canario disponía de una red abundante de informadores, constituida por los que fueron cautivos o renegados, especialmente en Fez, y que volvieron a las islas.⁵

En la segunda mitad del siglo XVIII y primera del XIX, en la época de la Ilustración, el archipiélago canario irrumpe de nuevo y con fuerza en la actualidad internacional, de un modo nuevo: en la actualidad científica. Es que Canarias se ha convertido en la cita de unos de los científicos de más prestigio del momento. Nada menos que Alejandro von Humboldt, así como su amigo y compañero de viaje, el naturalista y botánico francés Aimé Bonpland que llegan a Tenerife en 1799, el gran geólogo alemán Leopold von Buch, también amigo de Humboldt, el geógrafo francés Jean-Baptiste Bory de Saint-Vincent, autor de un *Essai sur les Iles Fortunées* (1803), el naturalista inglés Philip Barker-Webb, autor de una bonita *Historia Natural de las Islas Canarias* (1836-50). Merece la pena detenernos un momento, pues con

estos señores, toda una Academia de Ciencias, Canarias tuvo su parte en la renovación de las ciencias naturales y en cierto modo la fundación de la primera universidad canaria, la de La Laguna, en 1817, estuvo relacionada con el movimiento científico despertado por estos hombres y el progreso sobresaliente de los conocimientos acerca de las islas.

En esta época, entre las hipótesis que contemplaban la formación de la corteza terrestre, especialmente de las rocas y minerales, el neptunismo tenía mucho crédito. Es decir, la creencia de que las rocas procedían todas del agua. La fortaleza de esta tesis era la Escuela de minas de Freyberg en Alemania y el campeón del neptunismo se llamaba Werner. Al prin-

cipio Leopold von Buch, que fue el alumno de Werner, compartía su teoría, pero progresivamente se puso a dudar y parece que Alexander von Humboldt, un poco mayor (había nacido en 1769 y von Buch en 1774) le instigó a mirar más cerca los fenómenos volcánicos, aconsejándole la visita a Canarias que le había encantado al sabio alemán: él mismo, en cierto modo, era un experto en vulcanismo. Se sabe que Humboldt, después de llevar a cabo la ascensión al Teide, había visto de cerca muchos volcanes americanos, entre otros el Chimborazo en Ecuador que había subido durante su viaje de cinco años a las regiones equinocciales del Nuevo Continente con Bonpland. Efectivamente, von Buch hizo una larga estancia en Canarias, alrededor de 1815, visitó detenidamente Lanzarote, vio Los Hervideros en aquella isla, estudió aun más ampliamente el Teide, su inmensa caldera, el campo de lavas de las Cañadas, se fue a Gran Canaria, luego a la isla de La Palma donde la Caldera de Taburiente despertó en él sumo interés. Fue von Buch quién hizo admitir la voz caldera o caldeira en la terminología del vulcanismo. Así el geólogo alemán (el mayor del siglo según Humboldt), se convirtió más o menos al plutonismo, convencido de que no solamente las rocas volcánicas, sino también las cristalinas, tales como el granito o el gneis, habían sido elaboradas por el fuego interno y habían salido del centro de la tierra en estado pastoso, tomando su forma posterior por el enfriamiento,

de modo que sólo en las rocas sedimentarias la acción del agua quedaba preeminente.

Ni hace falta decir que, después de von Buch, todos los especialistas del vulcanismo hasta nuestros días hicieron largas estancias en Canarias. Fue, entre otros, el caso de sir Charles Lyell, el gran geólogo inglés que explicó los cambios de la corteza terrestre por el enfriamiento progresivo del globo y sistematizó el metamorfismo. Sólo con el estudio del Teide se podían entender las etapas sucesivas de la acción volcánica como el surgimiento de Teno y de Anaga primero, luego la Cumbre Dorsal en el centro de la



Canarias se convirtió muy pronto en un cuadro turístico internacional. Anuncio de la naviera británica R.M.S.P.

isla, la erupción de un enorme volcán del que las Cañadas constituye el amplísimo cráter, el derrumbamiento de este cráter y, por fin, el surgimiento del Teide actual dentro de la caldera. De algún modo, la información ofrecida a los aficionados o turistas ordinarios en el Centro de Visitantes de la Caldera de Taburiente es un buen reflejo de esta pedagogía del vulcanismo que el archipiélago propone a sus huéspedes.

Es fácil entender el poder atractivo de Canarias para botánicos o naturalistas como Bonpland, Bory de Saint Vincent o Barker-Webb, ya que el archipiélago es un conservatorio de especies vegetales numerosas, explicables por la diversidad climatológica que ofrece. Dicen que la isla de Tenerife por sí sola posee diez microclimas distintos. De modo que, además de las plantas introducidas en el archipiélago, muchas de ellas exóticas y procediendo de las áreas tropicales, se han registrado casi 600 especies endémicas, y entre ellas unas 375 endémicas locales, es decir, que se hallan apenas en una de las siete islas. Tenerife y Gran Canaria poseen más de mil plantas salvajes. Algunas son famosas: así el drago, la planta más emblemática del archipiélago, el cardón, la tabaiba o el tajinaste con sus flores coloradas. Barker-Webb en su *Historia Natural...* ha descrito con muchos detalles estas plantas originales. Canarias permitió la adaptación de muchas plantas exóticas a un nuevo medio ambiente. Y es cierto que hoy algunos de los museos de Tenerife, como el de la Naturaleza y el Hombre en Santa Cruz, o el de la Ciencia y del Cosmos en La Laguna, demuestran la vigencia de este espíritu de curiosidad científica.⁶

En el siglo XVIII, con el desarrollo comercial y antes del aflujo de los científicos que acabamos de contemplar, el desarrollo de las islas y sus posibilidades ha-

bían atraído a muchos extranjeros, lo que legitima la instalación de cónsules de varias naciones. Así, en Las Palmas, a mediados del siglo observamos la presencia de cónsules de Inglaterra, Provincias Unidas y Francia y de una colonia flamenca y valona notable en Tenerife, ya a fines del siglo XVII y que creció en el siglo XVIII y se arraigo en la isla, ya hispanizada: ha sido estudiada detenidamente por Jan Everaert; asimismo encontramos a una colonia comercial francesa numerosa en Gran Canaria, hecha de armadores, negociantes y mercaderes, que sostenían un tráfico continuo de vinos, tabaco, granos, telas, entre Andalucía, Madeira, Portugal, Francia, Holanda, Inglaterra. La vocación internacional de Canarias estaba ya consagrada.

Otro tema de interés sería la participación de los canarios a la emigración americana que coincidió con la degradación económica del siglo XVIII, fruto del «comercio libre» que menguó el papel de la escala de Canarias, y con el fuerte crecimiento demográfico del siglo XIX debido a tasas muy altas de nupcialidad y natalidad y una tasa decreciente de mortalidad. Las pirámides de edades que han publicado los investigadores canarios demuestran que cada año el saldo demográfico natural era alto. En el XIX el desarrollo económico del archipiélago no era suficiente para absorber este suplemento de población activa de modo que, especialmente en las islas orientales, la miseria se hizo cada vez más evidente en el transcurso del siglo XIX y la emigración, solución única, fue importante, sobre todo hacia Cuba, el sur de Brasil, Uruguay y Argentina y el movimiento continuó hasta mediados del siglo XX, especialmente con destino a Venezuela. Pero se trata de un tema muy estudiado por los historiadores canarios de modo que voy a dejarlo.

El último papel internacional de

Canarias hasta la fecha es evidentemente el turismo que ha permitido un crecimiento económico y una mejoría de la renta individual indudables, con una limitación del paro aunque la población haya crecido mucho, pues actualmente creo que roza los dos millones de habitantes, es decir que la densidad es muy alta (más de 250 por kilómetro cuadrado). No se pueden negar inconvenientes obvios: la sensibilidad a las crisis internacionales, la degradación o el deterioro del medio ambiente en ciertas zonas, el porcentaje demasiado alto de los servicios, de la construcción y de las obras públicas en el producto de las islas. Pero también son evidentes las ventajas: así la especificidad climatológica de las islas, con una media, en Santa Cruz, de 25° C en agosto y de casi 18° en enero, con unas medias muy parecidas en Las Palmas, y muchas horas de sol, incluso en invierno, permite conseguir un equilibrio estacional relativo, de modo que el turismo invernal atrae especialmente a los turistas del norte de Europa (escandinavos, alemanes, holandeses, británicos). Mientras que la suavidad del verano, con la ausencia de temperaturas extremas, resultaba atractiva para los españoles. Por otra parte, el enriquecimiento de la población peninsular hizo del viaje y de una estancia a Canarias un hecho casi normal, de modo que el turismo peninsular complementó al extranjero. Así en Tenerife este año, los españoles constituyen la cuarta parte de los turistas.

Ya, el turismo internacional era importante en los años 1960, generando una fiebre de edificaciones de hoteles de todas clases e importantes obras públicas de infraestructuras (carreteras, aeropuertos, traídas de aguas, centrales eléctricas, etc...) Ya en 1990, el aeropuerto de Tenerife registraba casi 2 millones de pasajeros (era así el cuarto de España por el número de pasajeros después de Palma de Mallorca,

Málaga y Madrid, y el de Gran Canaria quedaba el quinto con más de 1 millón y medio. En Lanzarote, rozaba los 700.000). Y a finales del siglo XX, el número de entradas turísticas en las islas sobrepasaba los 9 millones anuales. Y, en este año 2003, el total se aproximará a los 12 millones, con cinco en la sola isla de Tenerife.

Dejemos las cifras, ya que, de todos modos, las estadísticas caducan el mismo día que se publican. Creo que los argumentos turísticos de Canarias, además de su suavidad climática y de su riqueza vegetal, residen en su variedad, tan amplia como la de sus destinos y avatares históricos. Puesto que los aficionados a las largas caminatas, incluso en las alturas, tienen tantas posibilidades como los apasionados por los deportes acuáticos, los botánicos, los curiosos de los vestigios arqueológicos o los que tienen afición a la cultura, ya que entre las realizaciones de Cesar Manrique, los museos, los parques culturales o las fiestas típicas, la gama de los entretenimientos culturales resulta amplísima. Quizás, si no para todos, sería improcedente afirmarlo, sino para muchos, las Islas Canarias han recuperado el nombre que merecieron en una Antigüedad mítica, el de Islas Afortunadas.

NOTAS

¹ Ver Juan MANZANO MANZANO, *Colón y su secreto. El predescubrimiento*, Ed. de Cultura Hispánica, 1989.

² Antonio GARCÍA-BAQUERO GONZALEZ, *La Carrera de Indias. Suma de la contratación y océano de negocios*, Ed. Algaida. Expo 92, 1992.

³ Manuel LOBO CABRERA, *La Esclavitud en las Canarias Orientales en el siglo XVI (negros, moros y moriscos)*, Las Palmas de Gran Canaria, 1982.

⁴ Idem, *Rescates Canarios en la costa de Berbería, en Relaciones de la Península Ibérica con el Magreb (Siglos XIII - XVI)*, Instituto Hispano-Árabe de Cultura, Madrid, 1988.

⁵ Ver Bartolomé y Lucile BENNASSAR, *Los Cristianos de Alá. La historia extraordinaria de los renegados*, Ed. Nerea, Madrid, 1989.

⁶ A propósito de los científicos citados en este texto se puede consultar la enciclopedia ilustrada Espasa-Calpe.